

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Fresco como el aire

Cuando aprendí a pensar

PILARICA ALVEAR SANÍN

Laguna Libros, Bogotá, 2020, 125 pp.

PILARICA ALVEAR Sanín es un bicho raro en la literatura colombiana. Nació en Medellín en 1942 y escribió *Cuando aprendí a pensar* a sus veinte años. De ahí que en su momento fuera catalogada como una promesa literaria (con esa extraña tendencia de los críticos a calificar de “promesa” a un autor joven que ya escribió algo bueno –¡pobre Rimbaud, se quedó solo en promesa!–, en vez de nombrarlo simplemente como lo que es: un buen autor). En todo caso, esa promesa de la literatura colombiana se fue a vivir a Estados Unidos porque se enamoró de un estadounidense y allá se ha dedicado a oficios varios: ha sido sanadora, profesora espiritual y mística. Hasta ahora, no ha publicado ningún otro libro.

Pero con tantos autores que escriben tantas cosas a las patadas, hay que agradecer que haya algunos que escriban una sola cosa buena. Como lo es *Cuando aprendí a pensar*, libro profundo y ligero a la vez, juguetón y trascendente. Y una obra que, aunque en el momento de su publicación fue importante, luego cayó en un inmerecido olvido. Su regreso a los anaqueles de las librerías colombianas es fruto del trabajo de la editorial independiente Laguna Libros, que publicó una bella reedición hace solo unos años.

Cuando aprendí a pensar se inicia con una alusión –consciente o inconsciente– a Descartes: “Yo no sabía pensar” (p. 11) es la primera frase del libro. Un juego con el *cogito* cartesiano: “Pienso, luego existo”. Según la máxima del francés, si alguien es consciente de que está pensando, entonces sabe que está existiendo. Pero, ¿qué es pensar? Un trisito más abajo, en la tercera línea, la narradora dice: “Pero yo no sabía pensar, solo era capaz de hablar por dentro” (p. 11). ¿Y no es esta, de hecho, una hermosísima definición de pensar?

La que piensa por dentro es Juanita, una niña que nos habla de una etapa fundamental de su vida: aquella en la que aprendió a pensar, cuando tenía cinco años. Sucedió una noche en que, para su gran asombro, su hermano Luis, con el que tiene una típica relación fraternal de amor-odio, le contó que la Tierra es redonda como una naranja y que gira sobre sí misma.

El libro es el relato de Juanita sobre cómo transcurre ese tiempo en que aprende a pensar. Porque eso tiene sus costos: “Bueno, esa noche aprendí a pensar. No fue una experiencia muy agradable: me desvelé” (p. 13). Y, en definitiva, la vida cambia: “[...] desde que aprendí a pensar comenzaron a suceder todas las cosas” (p. 14).

Juanita vive con Luis, con su mamá y con su papá, a quien adora. En la casa también está María, su empleada. “A todos

los quiero. Hasta el cielo a papá y a mamá. Hasta la esquina a María. ¿Y a Luis? No sé, él es muy creído. Pero también lo quiero” (p. 18), dice Juanita. Y también está Princesita, que es Juanita misma pero cuando se mira en el espejo. Con Princesita discute todos sus asuntos más íntimos.

A Juanita le gusta jugar con su padre los domingos, le gusta que caiga granizo, le gusta mirar por la ventana, le gusta corretear con su perro Pedrito, le gusta ir a la iglesia, le gusta gritar desde una colina para que el eco resuene y le gusta que le hagan cosquillas. Como a todos los niños, le gusta la vida. Pero, luego, su padre desaparece porque está loco y tiene que ser internado en un manicomio durante una temporada. Ahí termina la primera de las dos partes en las que está dividido el libro. Ambas tienen prácticamente la misma extensión y cada una está, a su vez, dividida en pequeños capítulos, de dos o tres páginas en promedio. La partida del padre rompe la vida de Juanita y, al mismo tiempo, el trayecto de la narración.

La ausencia del padre hace que Juanita se mude adonde su abuela, con quien canta y ríe. Allí la visitan frecuentemente sus primos. Pero Juanita no la pasa muy bien: se enferma de sarampión y nunca deja de extrañar a su papá. Este, finalmente, regresa en las últimas páginas del libro, aunque intuimos que no está del todo curado de su locura, pues, al mirar a su hija, lo hace con una sonrisa “condescendiente”, una alegría “fingida” y una atención “lejana” (p. 119). Sin embargo, Juanita, ya restablecida, se siente feliz: su familia está nuevamente reunida.

Entre el inicio del libro y el final transcurre un año, o sea que de cinco años Juanita pasó a tener seis. Podría decirse que el relato se ocupa del inicio de esa etapa de la vida en que una persona empieza a ser capaz de reflexionar de una manera más compleja sobre sí misma y sobre los otros. Es, ciertamente, el momento en que se empieza a pensar.

En el prólogo a la primera edición –incluido también en esta reedición de Laguna–, Manuel Mejía Vallejo destacaba de este pequeño libro su “frescura y su carencia de afectación” (p. 123). En efecto, Pilarica Alvear Sanín no le rinde cuentas a nadie: es creativa, burlona, osada. Y eso se siente todo el tiempo, porque las páginas del libro están llenas de situaciones que exaltan toda la chispa de una niña:

Pero soy “una niña muy despierta”. Lo dice, siempre, la abuela. No entiendo qué pueda eso significar: todos somos despiertos, de día. Por eso, delante de ella me gusta caminar con los ojos cerrados, para que crea que estoy dormida. (p. 19)

Y es que con *Cuando aprendí a pensar*, como nos lo revela en el epígrafe, Alvear Sanín quería escribir “para los grandes un libro de chiquitos”. No debe sorprender entonces que detrás de ciertas reflexiones, al parecer ingenuas, se escondan profundos pensamientos. Sobre la naturaleza del tiempo, por ejemplo: “Una tarde papá llevó un perro. Una tarde cualquiera, de un día cualquiera, porque yo no sabía de qué día eran las tardes” (p. 30). O sobre la memoria y el conflicto: “También las guerras acabarían fácilmente si los hombres aprendieran a decir: ‘Ya. ¡Se acabó!’. Porque es la única fórmula, decía papá, que existe para terminar una pelea. ‘¡Ya!’ Y olvidar” (p. 45). O sobre la relación entre luz y bondad, y cómo la luz prevalece sobre las tinieblas: “Y entre

los primos yo fui la descubridora de las luciérnagas, para hacer lámparas en los frascos. Dicen que pican, pero es mentira: nadie va a alumbrar para hacer cosas malas” (p. 92). O sobre la distinción entre la vida y la muerte: “Los vivos respiramos, los muertos no. Esa es la diferencia esencial” (p. 96).

El libro, ya se ve, combina a lo largo de sus poco más de cien páginas una ternura incontenible con un delicioso humor. Alquimia de la cual surgen diálogos graciosísimos como este:

–El alma, ¿y eso qué es?

–Pues... mmm... es...

Mamá pensó un rato. Al fin dijo:

–Lo que tenemos por dentro. Esa cosa que dice: “yo soy Juanita” o “tengo hambre”. La tenemos por dentro.

–¡Ah!, ya sé: ¡las tripas! (p. 28)

Hay, claro, como en todos los textos, ciertos aspectos que podrían mejorarse. Por ejemplo, en un par de pasajes en los que Alvear Sanín hace una crítica social quizás demasiado directa, el lector se topa con un lenguaje elevado que desentona con el del resto del relato. Como aquí: “Los cuentos de guerra de María son tristes y duros y largos, como el lamento de sus cantos negros. Pero con un fin consolador, como la idiosincrasia de resignación de esa raza de músculos fuertes, oprimidos” (p. 42).

Pero la autora compensa de sobra estos deslices regalándonos algunos fragmentos, aquí y allá, de poesía pura. Una prueba:

[...] yo sabía que por la noche el sol se acuesta en el mar. Lo había visto chiquita, cuando fuimos a la costa con papá. Se pone el cielo rojo –porque el sol está cerquita y se ve toda su luz–. Luego, va cayendo lentamente al mar... Como el sol es tan caliente, le gusta dormir en el agua. (p. 75)

Otra prueba:

Sí. La vida está en el aire. En el aire que lleva en sí la luz, transmite el sonido, nos sopla el olor o nos mece los cabellos en un ventarrón. Todo está en el aire. Él esconde el tiempo que nos roba la existencia. (p. 96)

Manuel Mejía Vallejo tenía razón al escribir el prólogo de la primera edición, y la sigue teniendo hoy, más de sesenta años después: aún se siente la frescura de *Cuando aprendí a pensar*. Es la frescura de la vida y de la luz que revolotean fugaces como mariposas salvajes en el aire.

Simón Uprimny Añez